

Palabra de noche sobre Nicolás Guillén

*Los que quieran tratar separadamente
la política y la moral no entenderán
nunca nada de ninguna de las dos.*

JEAN-JACQUES ROUSSEAU

VI POR PRIMERA VEZ A NICOLÁS GUILLÉN EN 1942. YO ERA entonces un alumno de tercero en el liceo Pétiou de Port-au-Prince: el gran poeta cubano estaba de visita en Haití, como huésped del escritor Jacques Roumain y de la intelectualidad haitiana. Literalmente fascinó a la clase. Fue una fiesta conocerlo y oírlo recitar algunos de sus poemas. Tal vez nadie en este siglo ha interpretado poemas –los suyos y los de otros poetas– con tanta gracia y vigor viril. Desde esa mañana, ya no abandonaré la poesía de Guillén. Me entregué a su disfrute con la misma intensidad con que lo hice con la poesía de Jacques Roumain, Aimé Césaire, Langston Hughes, Apollinaire, Vallejo, Neruda, Cendrars, Pavese, etc. En los años siguientes, tuve el privilegio de convertirme en un amigo muy cercano a Nicolás. Esta fuerte amistad se mantuvo mucho tiempo itinerante, a causa del nomadismo político del uno y del otro, antes de arraigarse en La Habana, durante los locos años en los que el mismo Nicolás me hacía el honor de ver en mí a “un cubano más” en la revolución... Pude así conocer al poeta en su tierra natal, entre su gente, en su cultura, en la historia extraordinaria del pueblo cubano. Nos hicimos íntimos amigos enseguida. Nos telefoneábamos a menudo, intercambiábamos “confidencias” de la vida cotidiana, hacíamos paseos amistosos en algunas veladas de la hermosa ciudad de La Habana. En los años 50, había tenido la dicha de deambular junto a Nicolás en París, Praga, Moscú, Berlín, Santiago de Chile, Viena, Buenos Aires.

René Depestre

Aprendí a comprender mejor la importancia de su poesía, su extrema originalidad de artista, su complejidad de hombre y de ciudadano. Hombre muy cultivado, había leído a los clásicos españoles e hispanoamericanos. Se expresaba en un español de gran belleza que refrescaba sin cesar la prodigiosa corriente de criollismo a la cubana que habitaba su palabra de noche y de día. Supo escapar muy pronto a la influencia del modernismo hispanoamericano, cargado de lugares comunes de los blancos criollos. Inventó su propia estética: logró trascender los clichés del *negrismo* latinoamericano. A partir del *son*, y de su propio fondo negro creó una nueva poesía, un lirismo nunca visto antes de él, dotado de una frescura sin precedentes en la ironía y la belleza de su expresión castellana. Con Guillén ya no era posible hablar de poesía *negra*, ni de poesía *blanca*, ni de poesía *mestiza*. Su genio de poeta lírico, que fundaba su capacidad de mestizar, dotó a la lengua española de una corriente original, cubana y universal, profundamente sensible a las angustias y a las sublevaciones del siglo XX. Tuve la oportunidad durante mis años cubanos (1959-1978), de vivir en intimidad con los dos hombres más representativos de las letras cubanas en este siglo: Guillén y Alejo Carpentier, tan gran poeta el uno como prosista de primer orden el otro en la historia de la literatura mundial. Puedo evocar intensamente, con mi ternura admirativa, tanto al poeta como al novelista, y hablar también de los lazos de amistad que los unían desde los días trágicos de España en llamas. Lloré como un niño inconsolable la muerte de Alejo en París, en 1983. Asistí a los funerales “nacionales” en Cuba, como enviado de la UNESCO. Estaba ausente de La Habana cuando la muerte de Nicolás, en 1989. En 1978 dejé Cuba, después de mi ruptura con la revolución castrófidelista. Al mismo tiempo tuve que romper también con Nicolás Guillén. Nuestra vieja amistad no sobrevivió a la crisis de identidad que la Seguridad del Estado cubano, convertida en policía de los sueños al estilo de la KGB, había abierto en mi vida dadas mis dificultades en hablar una lengua torpe y en ahogar bajo un pensamiento torpe (o, peor aún, plano y sin resquicios) mi libre jurisdicción de poeta y de ciudadano. En esos días Nicolás Guillén me llamó a su despacho de presidente de la UNEAC (la Unión de Escritores cubanos) para devorarme como un padre furioso. Me comunicó sin humor que alguien que no había luchado junto a Fidel –ni cuando el ataque al cuartel Moncada (1953) ni en el momento del desembarco de los rebeldes del *Granma* (1957)– no tenía derecho a emitir ningún juicio crítico sobre la conducta política de los funcionarios de la revolución cubana. Yo debía cerrar el pico y se acabó. Me recordó también mi origen *extranjero*. El “*un cubano más*” se hizo humo a través de su ventana.

Me dijo que no podía ayudarme a salir del atolladero en el que me había metido. Convertido en una importante figura pública, instalado en uno de los pisos más lujosos de La Habana (en la planta 23ª del famoso edificio Someillan), con el golfo de México ante sus ojos, un Cadillac de funcionario (presidente de la UNEAC), con chófer y con la habilidad de reunirse, cuando lo quisiera, con uno u otro de los hermanos Castro, etc., nunca habría corrido el absurdo riesgo de caer en desgracia. Yo no daba crédito a mis oídos. Como, en el fondo sentía afecto por mí, después de tantos años de compartir nues-

tras más íntimas aristas, estaba sinceramente enfurecido y desconcertado: consideraba mi conducta como una falta de habilidad política. Esperaba de mí mayor prudencia y fineza en el análisis de la situación. Claro que –admitía– los métodos de la URSS habían influido en la revolución cubana; claro que era una infamia lo que había tramado la policía política contra el poeta Heberto Padilla; claro que todos estos comandantes incultos de la camarilla de Castro son un incordio, pero ellos, a diferencia de los poetas, habían estado en el Moncada en el 53, y en el *Granma* en el 57, jugándose su pellejo por Cuba. Eran ellos el poder de la revolución, ellos la conciencia crítica del proceso revolucionario, y no los Padilla, Arenas, Lezama Lima, Virgilio Piñera y otros *hijos de la gran puta*. Se sentía afligido al tener que mezclarme con aquellos que el “*poder revolucionario*” tenía razones para apartar como nocivos. Yo estaba consternado por descubrir semejante torpeza en un gran poeta tan celoso del buen uso que hacía, por otra parte, de la lengua de Machado y de Lorca. Me fui sin decir una palabra, contrariado profundamente por haberlo sorprendido en un día tan mediocre, y oportunista hasta la más flagrante cobardía. Había dos Nicolás: el autor de *Sóngoro Cosongo*, *West Indies Ltd*, *El son entero*, etc., y el poeta cortesano en el que se había convertido para preservar los privilegios que le brotaban por todos los poros de su arrogancia y fatuidad. Para mí fue una verdadera desgracia perder su amistad. En ningún momento tuve la idea de pedirle que intercediese por mí ante sus poderosos amigos del PC cubano. Habiéndosele informado a un alto cargo de mi “mala conducta”, y de los comentarios críticos que yo hacía libremente a mi alrededor, se dio prisa en tomar distancias y en soltar prenda a mis espaldas ante unos amos... a los que despreciaba tal vez aún más que yo, teniendo más a menudo la ocasión de co-dearse con ellos en los dorados bastidores del poder. Después de este encuentro, ya no habría posible entendimiento entre nosotros. Lamentablemente, se podía ser un poeta formidable, un artista cabal, y un cortesano consumado.

La *complejidad* de Nicolás Guillén no se me había escapado, sin embargo, mucho antes de haber tenido esa amarga experiencia. Unos años antes, uno de sus más viejos amigos, el excelente cuentista cubano Enrique Labrador Ruiz, testigo del “idilio” amistoso entre Nicolás y yo, me había puesto sobre aviso... Él acababa de ser víctima de una “infamia” de su viejo compañero de siempre. En el autor de las hermosas elegías a la cubana podía despertarse un tigre. Su marxismo era un barniz. Una sola cosa contaba ante sus temibles ojos: su gloria de poeta mundialmente conocido y las ventajas materiales que obtenía por ello desde los años 30. Estaba situado muy por encima de todos los demás poetas latinoamericanos de su generación, incluidos César Vallejo y Pablo Neruda. Las confidencias de Labrador Ruiz me habían conmovido. Los mismos rumores me llegaban de personas menos importantes que este escritor. El éxito de Nicolás Guillén había provocado celos en las generaciones que venían tras él. La sombra que su reputación proyectaba llenaría una catedral literaria, sembrando el pánico entre los creyentes ansiosos porque se hablara de su talento. Había que estar, pues, en alerta continua, sin hablar del anticomunismo con respecto a un poeta que, desde la guerra civil española, se había adherido

al *Partido Socialista Popular*, nombre del PC cubano. Su compromiso de tomo y lomo había incluso limitado la amplitud de su renombre, hasta tal punto sus obras llegaban a una vasta audiencia entre el público de lengua española. Este triunfo –y la secreta frustración de ver cómo su horizonte se constreñía por límites ideológicos– había modelado, a través de los años, un Guillén modesto en apariencia, abierto, cálido, un verdadero cubano de la calle, que ocultaba a un individuo suspicaz, vengativo, altamente consciente de sus méritos de poeta y vigilante de un territorio inmenso de la poesía que desbordaba los contornos insulares de Cuba. Pablo Neruda acabó un día sintiéndose celoso por ello, de ahí que en sus memorias, *Confieso que he vivido*, lance el implacable golpe de estilete: “Guillén, el español, el bueno”, haciendo alusión a Jorge Guillén. Cuando Nicolás supo de este apunte de su viejo “amigo” Pablo, estalló ante mí con una furia desmesurada, que lo llevó a tratar al autor de *Residencia en la tierra* de “hijo de la gran puta, pequeño poeta sin porvenir, ni en los cojones, ni en la imaginación”. Al mismo tiempo, era presa del pánico ante la idea de que Neruda tuviese ante sí un porvenir de clásico de las letras chilenas e hispánicas, lo que volvía aleatoria la caída de sus obras en el olvido: su pérfido juicio corría el riesgo de atravesar los siglos. “Tu amigo es un cabrón, un charlatán, un chulo de la literatura, un borracho de la peor especie. Debería haber titulado sus memorias *Confieso que he vivido bebiendo* (sic)”. En su fuero interno Nicolás Guillén, inteligente como era, debía repetirse, en medio del dolor y de la consternación, que no era a un borracho consuetudinario a quien la Academia sueca había otorgado la envidiable distinción del premio Nobel de literatura.

La poesía de Guillén era sin duda la cara visible de su vida de hombre. La cara oculta era la incapacidad del poeta para “soportar” a su vera el talento de los demás. Nunca escuché de su boca elogio alguno de los numerosos poetas, muy valiosos, que era posible frecuentar en Cuba en los años 60: Eliseo Diego, Fayad Jamis, J. A. Baragaño, Heberto Padilla, Miguel Barnet, C. Vitier, Pablo Armando Fernández, R. F. Retamar, José Lezama Lima, entre otros. Cuando le hacía una pregunta sobre cualquiera de ellos, guardaba un silencio de muerte que era un veredicto sin remisión, o se irritaba con igual ferocidad. Yo me pregunté, durante años, qué pensaría de mis poemas. Durante mucho tiempo evité hablarme de ellos, así como tampoco me daba su opinión sobre la poesía de Jacques Roumain, A Césaire, L. S. Senghor o León Damas. Admiraba, sin embargo, a Langston Hughes, y como prosista a Roumain, el autor de *Gobernadores del rocío*, novela que colocaba muy por encima de las mejores ficciones de su compatriota Alejo Carpentier. Si reconocía de buena gana el gran valor literario del narrador Alejo Carpentier, era sumamente severo sobre el hombre, a quien juzgaba tacaño, mezquino y con una tendencia bastante avara en sus efusiones de corazón... La erudición encantada que Alejo prodigaba con generosidad en su conversación más familiar irritaba en grado sumo a Nicolás. “Lleva consigo a todas partes”, decía de Carpentier, “la cátedra del Collège de France que los franceses le negaron. Se desquita con los analfabetos que nosotros, los cubanos, somos a sus ojos de señor franco-castellano”. Lo que no le impedía evocar, con una alegría comunicativa, la historia

de su amistad con Alejo, que se remontaba a los años 30, especialmente con ocasión de su encuentro en Madrid, en plena guerra civil, encuentro que vivificaba la presencia de Rafael Alberti, Pablo Neruda, ensombrecida por un conflicto dramático en el que desaparecería Federico García Lorca, asesinado muy pronto por los esbirros de Franco. Con respecto a Lorca, él se mostraba más bien “generoso” en cuanto a su género lírico, aunque expresando reservas sobre la homosexualidad del poeta, que era un límite, de todos modos, al resplandor de su poesía... Había conocido al “pobre Federico” con ocasión de su larga estancia en La Habana, en los años 30. Lo había seducido el encanto andaluz que su personalidad irradiaba, gracias a su sentido contagioso de su camaradería, que hacía olvidar “su gusto por los guapos jóvenes nacidos en Cuba”. Una real tristeza se apoderaba de él cuando hablaba de las circunstancias que rodearon la ejecución del gran poeta español.

En lo que concierne a mi humilde persona de poeta, acabé sabiendo un día el sentimiento que le inspiraba a Nicolás. Fue después de la publicación en Cuba de mi libro *Un arc-en-ciel pour l' Occident chrétien (Un arco iris para el Occidente cristiano)*. Estos poemas, traducidos por Heberto Padilla, fueron bien recibidos por la crítica y los lectores. Presentado al concurso anual de la Casa de las Américas, mi libro dio lugar, después de las deliberaciones de un prestigioso jurado, a un verdadero “suspense” en la opinión. Tenía frente a él al poemario del poeta español Félix Grande, *Blanco-spirituals*. Fue difícil desempatar los votos, tan cerrada era la discusión entre Eliseo Diego, Thiago de Melo, César Fernández Moreno, Idea Vilariño, y otro miembro del jurado, un antiguo ministro checo de cultura, muy cercano a Guillén. El voto de este último debía decidir el escrutinio. Durante cuarenta y ocho horas, vaciló entre mi libro y el de Grande. Bajo la presión amistosa de mi amigo Nicolás, decidió finalmente votar por *Blanco-spirituals*. Esta historia corrió por toda La Habana. Thiago de Melo, un excelente poeta de la Amazonia brasileña, hizo una declaración indignada donde reafirmó su admiración por mis poemas, y se asombró públicamente de la elección de quienes habían preferido el talento de mi “adversario”. Me enteré más tarde por C. F. Moreno, convertido en uno de mis mejores amigos en París, del papel eficaz cumplido por Nicolás en este asunto como presidente de la Unión de los Escritores cubanos (UNEAC). Quiso a toda costa evitar que se premiase un libro que podría, de llegar a la notoriedad, empañar su papel hegemónico en el mundo de la poesía. “Es la obra de un poeta mulato que ha intentado mezclar el sortilegio y la fuerza de expresión con una auténtica integración de las desdichas de Haití y de África en su aventura personal de poeta visionario”, como expresara poco después Thiago de Melo para justificar el voto que me había asignado. Hay que decir que las aprensiones de Nicolás no tenían ningún fundamento. Yo no cazaba en sus tierras. No podría descubrirse ningún rasgo de su influencia en mi lirismo, que pertenecía a la tradición de la “negritud” y del mundo francófono. Y si había que hablar de mi “originalidad” en este poema dramático, no era para nada comparable a la de las obras poéticas de Guillén, que siguen siendo inimitables, y colocan al autor a la altura de los maestros de la poesía del siglo xx, junto a

sus pares: Alberti, Lorca, Langston Hughes, Nazim Hikmet, Vallejo. En esta escala domina sin duda el destello a la vez íntimo y épico del genio nerudiano. El registro del bardo chileno lo emparenta con Hugo, Whitman, Baudelaire, Puchskin, Rubén Darío, Rimbaud, Aimé Césaire, R. Tagore, Aragón, Saint-John Perse, es decir, con la corriente más *soberana* de la poesía mundial. En este dominio, por otra parte, es inútil establecer un palmarés. Nicolás Guillén es un gran poeta, y mi “clasificación” sólo tiene real sentido con respecto a la falta de confianza en sí mismo que él manifestaba cuando medía sus dones inmensos con el rasero de los otros logros de la poesía en el siglo.

Poco tiempo después del episodio del Premio Casa de las Américas, Guillén me invitó a comer en un lugar de ensueño, fuera de La Habana. Durante esta comida, frente a frente, me pidió que le recordase mi edad. Estábamos en 1967, yo tenía 41 años. “A esa edad”, me recordó, “yo era un poeta célebre. Tienes que darte prisa. No estaba mal tu *Arco iris para el occidente cristiano*, que estuvo a punto de obtener el Premio Casa, pero tú nos debes un libro revelación, la obra de un verdadero poeta de Haití. Ponte a trabajar seriamente. No dejes que el periodismo agote tu savia poética. Estás en buen camino...”. Yo respondí saliéndome por la tangente, llevando la conversación a un tema extraño a mi porvenir de poeta. Ese mediodía, si yo no hubiese tenido ya mi jurisdicción personal, indiferente al elogio y a la censura, la confianza que tengo en mis modestos medios se habría derrumbado: sin ser una obra maestra, *Un arco iris para el occidente cristiano* era algo más que una promesa. Hoy, a treinta años de su publicación, no le han salido esas arrugas que condenan a un libro a un abismo sin nombre. Merecía en 1967 el aliento de mi hermano Nicolás Guillén. Tomé entonces su juicio como preocupación fraternal de su parte por hacer crecer mi prestigio... El incidente del 67, por otra parte, no tuvo ningún efecto sobre el fervor de nuestros encuentros. Continuamos viéndonos bastante a menudo, compartiendo nuestra alegría de vivir, hablando de las mujeres con el entusiasmo de los veinte años. He conocido muy pocos hombres tan extraordinariamente dotados como Guillén para la vida sexual. La disfrutaba con todo su cuerpo. Si lo hubiese deseado se habría convertido, sin dejar de ser un poeta revolucionario, en uno de los mejores escritores eróticos de todos los tiempos: sabía agradecer enfáticamente con las palabras a las mujeres que lo habían hecho vivir más intensamente. Habría que remontarse a la literatura china antigua para encontrar un erotismo tan libre de todo asomo de culpabilidad o pecado. Guillén sabía dar las gracias a cada mujer que había poseído por sus senos, sus nalgas, su sexo, sus muslos, su lengua, sus caricias, sus movimientos de cintura, su fuego giratorio en medio de los prodigios del coito. Esta fuerza erótica, sin embargo no aparece en su vena poética. No es un poeta del amor físico o sublime. Celebró discretamente a la mujer en sus poemas, él que navegaba como un corsario en las grandes aguas marinas de las mujeres. Yo suponía que amaba sobre todo en ellas el lado *hembra*, la feliz animalidad que algunas mujeres saben poner de mil maravillas en el acto del amor. A este respecto, tuve derecho a las confidencias épicas de Nicolás. Su verbo era inagotable sobre este maravilloso capítulo. Su autobiografía

erótica habría hecho palidecer las memorias de Casanova o los escritos de Aretino o los de los clásicos del erotismo exuberante. “Debes contar la historia de tus experiencias de cama”, le decía yo. “Tu conocimiento de la mujer es enciclopédico. La rosa de los vientos es tu alcoba, el erotismo tu único domicilio fijo, el coño de la mujer tu propia casa en cualquier parte del mundo, sus nalgas tu lista de correos, ¡su vientre tu romántica *otra parte* de poeta!”. Nicolás se echaba a reír con una risa de rey merovingio, me daba un abrazo generoso y de reconocimiento, y me decía siempre lo mismo: “¡Estás loco, no habrá una sola línea sobre todo esta formidable vuelta al mundo femenino! Quieres perderme ante los ojos de nuestros camaradas del Partido. Todos conocen, sin duda, mi inclinación por el bello sexo. Ven en mí un auténtico “macho” cubano, el absoluto opuesto del “maricón” criollo, pero ¡ignoran la extensión del imperio que me he construido a la medida de las “hembras” de todos los países, abriendo paso a la unión de los proletarios! Nuestros comisarios me echarían del Partido si descubrieran el pastel de toda mi vida. Por ello soy tan avaro en mensajes tiernos, cartas de amor y poemas a los que son tan aficionadas las mujeres. En amor, más que en cualquier otro dominio, sólo los *actos* sirven para comunicar, es decir, ¡los cojones, chico! ¡Nunca se sabrá la aventura prodigiosa de los *cojones* del autor de *Sóngoro cosongo!*”. Y yo sufría por ser el único en disfrutar de la *oralidad* erótica que Nicolás juraba que nunca confiaría en sus memorias, con el fin de proteger la buena reputación de “macho” que ocultaba al condestable del libertinaje que él era. Lamentaba no ver a Nicolás poniendo sus dotes poéticas excepcionales al servicio de una libido que encontraba acentos líricos y épicos al narrar sus proezas en la cama. Creo que por la autocensura que Guillén impuso a toda una vertiente creadora de su sensibilidad, se negó de plano a comprometer las fuerzas profundas de su ser en la experiencia de la poesía. La ascesis por la cual se forjó precozmente la personalidad de un poeta soberano quedó inacabada porque el autor de *El son entero* había quedado sujeto a las consignas partidarias sobre los poemas que se esperaban de un “poeta nacional”. Él sacrificó deliberadamente una zona voluptuosa de su arte a la estética del “realismo socialista”, mientras la vena “social” de su poesía, en *West Indies Ltd.* y sus libros posteriores, no había logrado ahogar su fuerza inigualada de fantasía y de deslumbramiento. En el ejercicio de la función literaria, Nicolás Guillén no estaría, de acuerdo con los datos viscerales de su biografía, a la altura de la alborada de la creación que, sin embargo, estaba al alcance de sus dotes. Prefirió abandonarlos, mientras que el movimiento comunista internacional –cuyas críticas fulminantes temía– desviaba hacia el desierto trágico del totalitarismo el ideal de civismo mundial y de solidaridad en todos los sentidos que debía iluminar la energía creativa de numerosos poetas notables del siglo xx. Piénsese en Maiakovski, B. Brecht, Neruda, Aragón, Paul Eluard, Yannis Ritsos, sin hablar de César Vallejo, Aimé Césaire, Nazim Hikmet, Alberti, Cesare Pavese, Robert Desnos, Miguel Hernández, entre tantas otras víctimas que esta colosal desviación del sueño acumuló en las filas de los poetas y de los escritores del siglo. Como muchos otros artistas, Nicolás Guillén, al contrario de un Picasso o de un Jorge Amado, dudó

de la magia que pertenecía al rostro desconocido de su temperamento, a la buena, llena y poderosa luna de la libido, que su genio era capaz de tornar, para millones de lectores, en suprema salud del arte y de la poesía. Su experiencia del amor solar era una materia ignífuga que podía llegar en la escritura poética a una incandescencia y una fuerza de combustión estética aún más hermosas que las llamas en la que se consumió su carnaval de sueño clandestino con las mujeres. El director de orquesta prefirió arrojar al fuego del olvido su fabuloso cuaderno íntimo de música, en lugar de *añadirlo* a sus otras cosechas de la vida, y de poner así a disposición de otros su fuerza contagiosa de celebración de la mujer y del acto de amor. ¿Estoy echando arbitrariamente sombras sobre el retrato de un hombre que, al fin y al cabo, nos ha dejado una obra poética de primer orden? No lo creo. Al contrario, querría mostrar, en este esbozo, cómo la influencia política arbitraria de un Partido sobre la imaginación creadora puede estrechar el horizonte de un gran artista hasta el punto de impedirle integrar en su aventura estética el conjunto de las adquisiciones psicológicas y eróticas de su recorrido autobiográfico. Ya no es el “ser entero” de Nicolás Guillén lo que sus destacables escritos dejan ver, sino el poeta que una revolución falsificó disipando en deshonoroso humo el mejor combustible de su creación. Todos los PC del planeta, sometidos al vibrión del mismo determinismo sin mañana, invitaron a los artistas que se habían adherido a su programa, a desprenderse de la complejidad de su vida interior de individuos libres, para llevar al oprobio la carga “histórica” de una lucha de clases regida por el desprecio de las reglas más elementales de la democracia. El *compromiso* ciego que los PC reclamaban de sus miembros bien dotados para el arte y la poesía ha afectado gravemente el ejercicio por el cual el individuo creador asimila sus recuerdos, transforma las pruebas de su biografía y los dolores del mundo, al mismo tiempo que construye libremente su obra y su personalidad. El movimiento comunista, a causa de su dogmatismo sin fe ni ley, ha sido, en la vida de los escritores, un obstáculo sumamente peligroso en ese esfuerzo obstinado de integración de todos los datos existenciales (entre los cuales el amor ocupa el primer plano) que el *yo* de cada artista necesita imperativamente para realizar una obra capaz de inundar con una felicidad igual todas las riberas de la condición humana.

Durante mis “años cubanos”, pude observar bastante a menudo cómo se comportaba Guillén en presencia de Castro o de los dignatarios del Partido, del gobierno o de las fuerzas armadas. En todo momento, yo descubriría la obsequiosidad de su cortesía ante los jefes. Él exageraba las muestras de respeto y de amabilidad. Tenía la sonrisa y los modales de un cortesano más que la noble y cordial prestancia de un hombre cuya cultura superaba sobremana el torpe pensamiento que prosperaba alrededor de nosotros. Conocía a los viejos dirigentes del antiguo PSP (Partido Socialista Popular) desde los años 40. Había sido el “militante” más prestigioso de la extrema izquierda cubana, junto a Juan Marinello. Los jóvenes comandantes que habían bajado de la Sierra Maestra, Fidel Castro, su hermano Raúl, el Che Guevara, Camilo Cienfuegos, lejos de querer intimidarlo, lo trataban con una deferencia afectuosamente

relajada, dispuestos como estaban a escuchar su palabra de “poeta nacional”. Habría podido, con una idea más elevada de su responsabilidad de “intelectual orgánico de la revolución”, ayudar a Castro a poner a Cuba a salvo de la “política cultural” al modo soviético. Al contrario, mantuvo voluntariamente una actitud reservada en las discusiones que, desde 1959, dividieron a la nueva inteligencia que entraba en escena en defensa de la revolución castrofidelista. Él se alineó junto a los “viejos comunistas”, formados en la absurda tradición del “dzanovismo estético”, cuando escritores jóvenes y poetas, agrupados en torno a Guillermo Cabrera Infante en el semanario *Lunes de Revolución*, intentaron con talento sacar a la creación artística de los senderos trillados. También se quedó de brazos cruzados cuando centenares de jóvenes homosexuales, víctimas de una odiosa caza de brujas, fueron encerrados en una colonia penitenciaria de la provincia de Camagüey (conocida con el nombre de campo de la UMAP). Negó igualmente su apoyo al gran poeta y escritor José Lezama Lima (el autor de *Paradiso*), perseguido tanto por su homosexualidad como por la fuerte originalidad de sus gustos estéticos. Con ocasión del famoso “caso Padilla”, cuando se vio cómo los Servicios de la Seguridad del Estado acorralaban a este excelente poeta obligándolo a una “confesión” pública en la sede de la UNEAC, ante una asamblea infectada de vergüenza y de cólera contenida, Guillén actuó como Pilatos: la enfermedad de un pariente cercano lo retenía, esa noche, lejos de los antros de la infamia policial, en Santiago de Cuba... Fue su compañero José Antonio Portuondo quien desempeñó —con un celo digno de los procesos de Moscú— la función de juez de la antipoesía.

Hay que decir que la función oficial de Presidente de la Unión de Escritores agobiaba a Guillén como un terrible tributo. No se equivocaba: en ese papel, colmado de honores y de privilegios, era en realidad uno de los principales comisarios de la policía general de las ideas y de los sueños. Fue el desgarramiento íntimo que se infligió a un auténtico “gobernador del rocío” que, desde sus poemas de 1928, había puesto el derecho a soñar libremente al alcance de los cubanos de “uno y otro color de piel”. Pero, así como en la época en la que cantaba la esperanza de los ofendidos y de los humillados de su isla, Nicolás Guillén se había revelado capaz de mostrar toda su estatura de hombre rebelde y de soñador incomparable, del mismo modo, llegado al poder, hizo poco caso de la aptitud legendaria de los poetas para la rebelión y el sueño. Se dedicó sobre todo a “administrar” su elevada posición, sin contrariar nunca a las autoridades en el poder, conforme en todo a los prejuicios, a lo arbitrario, a los usos irracionales del PC cubano y del poder absoluto de Fidel Castro. En favor de Nicolás, hay que aclarar que nunca se presentó como un “teórico marxista-leninista”, ni tampoco como “intelectual orgánico”. Ya en 1938 mi compatriota “capital”, Jacques Roumain, confiaba en París al poeta Félix Pita Rodríguez que su amigo Nicolás “no tenía cabeza metafísica”. Era lo contrario de un pensador o de un “apparatchik de nomenklatura” o incluso de un comisario político. Pude más de una vez burlarme afectuosamente de él al respecto de su “ignorancia enciclopédica” de la filosofía y de la economía política marxistas, como de su indiferencia a toda forma de abstracción y

de conceptualismo a la francesa. El materialismo, dialéctico o histórico, no era su taza de café bien cargado. Se reía de ello a carcajadas. Él me reprochaba, a cambio, que perdiese mi tiempo leyendo a György Lukács, Antonio Gramsci, Henri Lefebvre, Althusser, Régis Debray o Jean-Paul Sartre. Había formado su espíritu en la frecuentación de los maestros españoles y latinoamericanos y de los mejores clásicos europeos. Conocía todos los secretos de la lengua española. Escribía en la prensa del Partido crónicas que acentuaban, por contraste, la indignancia moral e intelectual de los profesionales de la media lengua. Manejaba como un virtuoso la ironía y el sarcasmo. En su conversación, el célebre *choteo*, forma de humor popular propia de los cubanos, perdía toda sombra de grosería y llenaba de belleza el oxígeno de la poesía. Desde el 8 de junio de 1942, Miguel de Unamuno, en la carta que le dirigió desde Madrid al joven poeta Nicolás Guillén, quien le había enviado *Sóngoro Cosongo*, había subrayado lo esencial de su arte: “Hace ya un tiempo, estimado señor y compañero, desde que recibí y leí –apenas recibido– su *Sóngoro Cosongo* que pensaba escribirle. Después lo releí –y se lo hice leer a unos amigos– y oí a García Lorca hablar de usted. No debo ocultarle la profunda impresión que me produjo su libro, sobre todo *Rumba*, *Velada fúnebre de Papá Montero* y los *Motivos de son*. Me conmovieron como poeta y como lingüista. La lengua es poesía. Y mucho más porque sigo de muy cerca el sentido del ritmo, de la música verbal de los negros y de los mulatos. No solamente entre los poetas negros norteamericanos, de los que disfruto intensamente, sino también de los que cantan en “papiamento”, lengua, como usted sabe, de los habitantes de Curazao, que he aprendido. Es el espíritu de la carne, el sentimiento de la vida directa, inmediata, terrestre. Es, en el fondo, toda una filosofía y toda una religión. Habla usted, al final del prólogo, de “color cubano”. Llegaremos al color humano, universal e integral. La raza espiritual humana está siempre a punto de hacerse. Sobre ella fermenta la poesía. Y como usted dice: “Nuestra risa asomará en las riberas y los pájaros”, quiero enviarle un pequeño texto que escribí el 5 de enero del año pasado, cuando no conocía su libro... Nada más por el momento. Estoy a su disposición, ahora en Madrid, en este Parlamento, y regularmente en mi Salamanca. Le doy la mano como a un compañero de sueños”.

Está todo dicho en esta carta de Unamuno. Guillén era poesía. Y es toda la poesía que ellos profanaron, los que cortaron a su medida un uniforme verde oliva de “comisario de los sueños” o de guerrillero al servicio de las ignominias de la razón de Estado y de la realpolitik “socialista”. En Cuba, hay un hecho Guillén, que sobrevivirá a las desdichas de la revolución. Es el hecho, eminentemente “poético”, únicamente poético y criollo, de un artista que se elevó en la historia cultural de su país como un “estremecimiento nuevo”, para decir a voz en cuello la respuesta de los negros y de los mestizos de Cuba al racismo de los blancos. El alcance histórico de este *hecho poético* es que logró de golpe trascender toda concesión al *negrismo* y al “racismo antirracista”.

La historia de Nicolás Guillén es la de un poeta que con toda la fuerza de su fidelidad a las pulsaciones de la vida se ha arraigado en un terreno cubano que no es negro ni blanco, hasta tal punto escapa a los prejuicios de la “raza”

y alberga bajo su propia ley la experiencia vivida del mestizaje de España y de África. Poeta creador de su lenguaje, Guillén ha restituido a los cubanos los fermentos de unidad que están latentes en la doble herencia cultural que fertiliza su deslumbrante y trágica aventura histórica. En una obra, a la vez denunciadora y encantada, ha hecho danzar a la manera cubana formas y colores, sonido y luz, tinieblas y esperanza, más allá de los mitos raciales que dividen y envilecen la conciencia de los hombres. Un lenguaje poético, hecho de civismo y de solidaridad, ha nacido admirablemente de este “espíritu de la carne” del que habló Miguel de Unamuno. La energía sensual de Guillén, energía de origen africano y español, se transforma en sus poemas en vocación maravillada de la vida terrestre, sinergia feliz del lirismo y de la verdad. Toda una poética del único “color humano” alcanza en la perfección verbal la reconciliación de las diversas humanidades del planeta.

Esta poesía, plenaria en su belleza, orgánica en su aliento y su sentido de la justicia, criolla en sus componentes, rebelde en su ontología, continúa fascinándome más allá de mi ruptura con el poder intolerante y brutal que tendió una trampa al recorrido cívico de Guillén. Desde el punto de vista de la amistad, debo a este poeta cubano las horas inolvidables de conversación que nos condujeron a los bordes de los grandes espacios libres de la imaginación que París, Viena, Praga, La Habana, abrían a nuestros pasos vacilantes de exiliados. La revolución cubana habrá sido en mi vida el más doloroso de mis exilios. Tal vez lo era también para su poeta, detrás de la máscara satisfecha de “presidente” que le hicieron llevar con sus riesgos y peligros, y más a menudo para lo peor que para lo mejor de la vida en sociedad.

No olvido la visión que Nicolás Guillén me dio de la muerte, una tarde de primavera soleada en el jardín de Luxemburgo. Sabía cubrir con sus palabras el tiempo de los vivos y de los muertos, y las aguas subterráneas del amor, y lo real maravilloso de las mujeres donde se alimenta la esperanza del mundo. Más vasta y más poblada que la isla de Cuba, la palabra amiga de Nicolás Guillén podía, en ciertas ocasiones, ser una tierra de imperio en la que la poesía, camino de compasión y de justicia, poder secreto de la inocencia, sabía sobre la historia humana más cosas que las revoluciones que destruyen a hachazos los lazos de amistad entre los poetas.

Traducción de Mario Merlino